

Núm. 10 **Ámense unos a otros, así como Jesús los amó a ustedes** (representante de la sucursal)

Nota:

Explique con bondad y claridad cómo podemos cumplir la ley de Cristo *en la congregación*. Escoja ejemplos con los que su auditorio pueda identificarse fácilmente. Céntrese en las necesidades reales de la congregación. Ayude a los asistentes a comprender que los privilegios en la congregación y la organización nos dan oportunidades para ayudar a los hermanos. Destaque por qué es tan importante ser humildes y amar a nuestros hermanos.

EL MUNDO DE SATANÁS ESTÁ DIVIDIDO (4 mins.)

Muchos creen que no hay nada de malo en clasificar a las personas por grupos sociales, clases o castas.

Puede que establezcan esas diferencias según la raza, etnia, religión o el parentesco de las personas.

Otros catalogan a la gente de acuerdo con su riqueza, su trabajo o su afiliación política.

La situación se agrava cuando existen prejuicios hacia las personas con antecedentes diferentes, lo cual puede generar discriminación y conflictos sociales (Ec 8:9).

En el tiempo de Jesús había mucho prejuicio y discriminación.

Los judíos no se relacionaban con los samaritanos (Jn 4:9).

Los líderes religiosos trataban con desprecio a la gente común (Jn 7:49).

Se menospreciaba a “los recaudadores de impuestos y pecadores” (Mt 9:11).

JESÚS ENSEÑÓ UNA FORMA MEJOR DE ACTUAR (7 mins.)

Jesús veía las cosas de una manera totalmente diferente.

El ejemplo que usó en Lucas 18:9-14 muestra hasta qué punto rechazaba la actitud de los fariseos, que se creían más justos que nadie.

Jesús ayudó a los necesitados y sintió compasión por las personas de condición humilde (Mt 9:13, 36).

Cristo sabía que la congregación estaría formada por personas “de toda clase”, y las recibió con gusto (Jn 12:32; Ro 15:7).

Enseñó a sus seguidores que debían estar dispuestos a sacrificarse y mostrar amor a personas que tal vez fueran muy diferentes a ellos (Lu 10:25-37; 14:12-14).

No quería que sus discípulos copiaran la actitud de los fariseos (Mt 23:4-12).

Jesús enseñó a sus seguidores a no darse mucha importancia y a servir a los demás (Mt 20:21, 24-28).

Les recalcó que estaban obligados a amarse unos a otros y que eso debía caracterizarlos [**lea Juan 13: 34, 35**].

Aunque a veces los discípulos de Jesús se enojaron entre sí, podemos imaginar lo alegres que se sintieron durante el breve período de tiempo que pasaron con Cristo.

Reflexionar en el ejemplo y las enseñanzas de su Maestro de seguro los motivó a esforzarse al máximo por mostrar amor.

LA CONGREGACIÓN DEL SIGLO PRIMERO SUPERÓ LAS DIFERENCIAS (10 mins.)

Los discípulos de Jesús llevaron las buenas noticias del Reino hasta las zonas más distantes de la Tierra.

El resultado fue que la congregación llegó a estar formada por personas de distintas nacionalidades y culturas (1Ti 4:10; Tit 2:11).

Había judíos, samaritanos, griegos y romanos; circuncisos e incircuncisos; amos y esclavos; médicos y pescadores; gente con mucha educación y gente muy poco instruida; ricos y pobres, y personas que antes habían sido sacerdotes judíos, magos, oficiales del ejército y cobradores de impuestos.

Algunos habían cometido actos de inmoralidad sexual, habían sido adúlteros, homosexuales, idólatras, ladrones, borrachos y personas violentas y codiciosas (1Co 6:9-11).

A veces surgieron problemas entre cristianos con antecedentes diferentes (Hch 6:1; 11:1-3; 15:1, 2).

Por eso fue necesario explicar cómo podían los miembros de la congregación fortalecer sus lazos de amor.

Necesitaban aprender a ser imparciales (Hch 10:34, 35; Gál 3:28).

Aquellas congregaciones lograron superar las dificultades porque los cristianos comprendieron que debían rechazar la “sabiduría humana”, ser enseñados “por el espíritu” y tener “la mente de Cristo” (1Co 2:13-16; 3:19).

El apóstol Pablo se adaptó a fin de ganarse al “mayor número de personas” posible y que estas sirvieran a Cristo (1Co 9:19-23).

La congregación recibió con gusto a personas que habían sido pecadoras y a quienes tenían una fe débil.

Como resultado, los miembros de las congregaciones llegaron a quererse y a estar más unidos.

Sin embargo, debían seguir luchando para no volver a manifestar parcialidad, prejuicio y desprecio.

LA CONGREGACIÓN CRISTIANA ACTUAL PROMUEVE LA UNIDAD Y LA IMPARCIALIDAD (5 mins.)

Personas de todas las naciones, tribus y lenguas siguen acudiendo al pueblo de Jehová (Rev 7:9, 10).

Entre nosotros no existen distinciones por asuntos como la educación, el nivel económico, etc. (Snt 2:1-4).

Es posible que los que se unen al pueblo de Dios no estén acostumbrados a que se les trate con imparcialidad y amor fraternal.

Tal vez tengamos que ayudarlos a adaptarse al ambiente de amor e igualdad que reina en la congregación.

Los nuevos tienen que aprender a no dudar de sus hermanos y confiar en que estos aman a Jehová y desean hacer lo que está bien (1Co 13:4, 7).

Como “el amor nunca falla”, la congregación cristiana logra unir a las personas, mientras que otros fracasan en el intento (1Co 13:8).

Nosotros nos esforzamos por aplicar los mismos consejos que recibieron las congregaciones del siglo primero (1Co 12:25, 26; Ef 4:14-16).

Imaginemos a un amo de casa que nos dice: “Ya no voy a la iglesia. No soporto los chismes, la traición, el rencor, los celos y la codicia”.

¿Cómo nos sentiríamos si viniera al Salón del Reino y viera esas mismas cosas?

Debemos asegurarnos de que nuestro amor es genuino.

LA IMPORTANCIA DE LA HUMILDAD (10 mins.)

Los cristianos ponemos a los demás por delante de nosotros; nos alegra servir a nuestros hermanos (Ro 12:10; Flp 2:2-4).

Hemos aprendido a manifestar cualidades valiosas que nos ayudan a trabajar mejor en la congregación **[lea Lucas 9:48b]**.

No es difícil portarse “como uno de los menores” cuando tratamos con quienes tienen más responsabilidades que nosotros.

El problema puede surgir cuando tratamos con hermanos a los que consideramos iguales a nosotros o que están a nuestro nivel.

Los 12 apóstoles aceptaron con gusto la autoridad de su Amo, Jesús, pero, cuando estaban ellos solos, a veces ninguno quería portarse como uno de los menores (Lu 9:46).

Una vez les pasó algo parecido a Pablo y a Bernabé, dos hombres respetados y con autoridad en la congregación (Hch 15:36-39).

En cierta ocasión, a Evodia y a Síntique se les hizo difícil mantener la paz (Flp 4:2, 3).

Hoy día puede que también surja rivalidad entre quienes tienen privilegios y habilidades similares.

Por ejemplo, a los siervos ministeriales normalmente no se les hace difícil actuar como uno de los menores al tratar con los ancianos, ni a los ancianos, al tratar con el superintendente de circuito, y así sucesivamente.

Pero ¿están dispuestos los siervos ministeriales a actuar como uno de los menores cuando tratan con otros siervos ministeriales, o los ancianos cuando tratan con otros ancianos...?

Satanás es todo menos humilde.

Tuvo el atrevimiento de pedirle a Jesús que se inclinara ante él y lo adorara (Mt 4:9).

No queremos imitar la actitud de Satanás; nosotros rechazamos el orgullo (w15 15/5 15, 16 párrs. 7-9).

Respetamos el principio de autoridad que Dios ha establecido (1Co 11:3).

NUUESTRO PAPEL EN LA CONGREGACIÓN (21 mins.)

El consejo inspirado que se les dio a los gálatas puede ayudarnos a seguir cumpliendo la ley de Cristo.

[Lea Gálatas 6:1]. Ayudemos a los que dan un paso en falso.

Aunque Jesús era perfecto, no trató de dominar a otros; corrigió a sus discípulos con paciencia.

Quienes se someten a la voluntad de Jehová no intentan dominar a otros; más bien, son apacibles (SI 37:11).

La responsabilidad de reajustar a quienes lo necesitan recae principalmente sobre los ancianos, pero otros cristianos maduros también pueden ayudar.

“Vigilándote a ti mismo”.

Cuando damos ayuda espiritual a los demás, debemos prestar atención a nuestras propias limitaciones (2Co 1:24).

Tengamos presente cómo nos ha tratado Dios a nosotros.

Esto nos permitirá reajustar a los hermanos con apacibilidad en lugar de reprenderlos con dureza (w03 1/4 24 párr. 16).

Manifestar un espíritu apacible producirá muy buenos resultados (w13 15/11 28 párrs. 11, 12).

[Lea Gálatas 6:2]. “Sigán llevando las cargas los unos de los otros”.

Jesús llevó las cargas de los demás de una manera especial: cargó con los pecados de la humanidad (Isa 53:4, 5).

Por el contrario, los fariseos añadían cargas a las personas.

Una forma de ayudar a nuestros hermanos a llevar sus cargas es perdonando sus faltas y ofensas.

“Y así cumplan la ley del Cristo”.

Apliquemos este principio siendo compasivos y haciendo cosas por los hermanos de la congregación (w16.03 25; w08 15/8 18, 19 párrs. 7-12; w07 15/12 6, 7).

Para cumplir la ley de Cristo, no basta con simplemente enseñar a otros sobre Jesús.

También tenemos que vivir y comportarnos como él (cl/292-297).

[Opcional: (2 mins.) Entreviste a un hermano o una hermana que sirve a Jehová a pesar de enfrentar circunstancias difíciles tales como la vejez o la pérdida del cónyuge. Pregúntele: ¿De qué formas le han mostrado amor los hermanos y cómo le han ayudado a llevar sus cargas? ¿Cómo se siente por la ayuda que ha recibido? ¿Qué efecto ha tenido eso en su servicio a Dios?].

[Lea Gálatas 6:3]. Sigamos siendo humildes.

Jesús nos enseñó con su ejemplo lo que significa ser humildes.

No aceptó el título “bueno” ni trató de ser igual a Dios (Mr 10:17, 18; Flp 2:5, 6).

No les otorgó una posición especial en el Reino a Santiago y a Juan (Mt 20:20-23).

[Lea Gálatas 6:4]. Alegrémonos por las cosas que podemos hacer.

Todos podemos cumplir cada vez mejor la ley de Cristo.

Debemos mantener un concepto equilibrado de nosotros mismos, sin compararnos con los demás.

Las comparaciones pueden generar envidia, resentimiento, competitividad y enemistad.

A Jesús le alegró pensar que sus discípulos harían obras más grandes que las suyas (Jn 14:12).

Si queremos saber cuánto ha crecido un niño, no lo comparamos con otros niños de distintas edades; más bien, comparamos su estatura actual con la que tenía antes. Por ejemplo, algunos padres van marcando en la pared la altura de su hijo y luego comparan las marcas.

Compararnos con nosotros mismos nos permitirá ver nuestro progreso y contribuirá a que nos sintamos alegres.

[Lea Gálatas 6:5]. “Cada uno llevará su propia carga de responsabilidad”.

Pablo hizo una distinción entre las expresiones *carga* (v. 2) y *carga de responsabilidad* (v. 5) (it-1 428 párr. 9).

Jesús llevó “su propia carga de responsabilidad” al mantenerse fiel hasta el final de su vida como humano.

[Lea Gálatas 6:10]. “Obremos lo que es bueno para con todos, pero especialmente para con los que están relacionados con nosotros en la fe”.

Todos los miembros de la congregación —sin importar si somos hombres o mujeres, jóvenes o mayores— podemos hacer esto.

Hay muchas formas sencillas, pero valiosas, de dar a los demás: escribir una carta, llamar por teléfono, enviar un correo electrónico o un mensaje de texto, hacer un regalo, brindar ayuda práctica, decir algo animador..

Preguntémonos: “¿Conozco a algún hermano mayor, enfermo o que no pueda salir de casa que necesite ayuda y ánimo?” (w06 15/6 23 párr. 14).

CONCLUSIÓN (3 mins.)

Cumplir “la ley perfecta que pertenece a la libertad” nos beneficia muchísimo (Snt 1:25).

Cuanto más crezca nuestro amor por Jehová y Jesús, más fácil nos será cultivar buenos deseos.

[Destaque algunos puntos animadores que se hayan analizado en la asamblea].

Pregunta de repaso: ¿Cómo podemos amar a otros, así como Jesús nos amó a nosotros?

Respuesta: Gálatas 6:1-5, 10; tal como Jesús, amemos a todas las personas sin importar su raza o sus antecedentes y recibámoslas con gusto en la congregación. Ayudemos con humildad a nuestros hermanos cuando necesiten ánimo, corrección o cualquier otra cosa.

Anhelamos el momento en que todos los siervos fieles de Jehová podamos librarnos de la influencia de Satanás y sus demonios y del pecado; entonces, todos disfrutaremos de “la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Ro 8:19-21).

Mientras tanto, ¡no nos rindamos y sigamos cumpliendo la ley de Cristo!

(No es necesario leer ni comentar todos los textos citados, y tampoco hay que desarrollar todos los puntos secundarios).